

RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

CONFERENCIAS

DE

MR. HOWARD CARTER

SOBRE

EL DESCUBRIMIENTO DE LA
TUMBA DE TUT-ANKH-AMEN

ORGANIZADAS POR EL COMITÉ
HISPANO-INGLÉS, PRESIDIDO POR EL

EXCMO. SR. DUQUE DE ALBA



MADRID · NOVIEMBRE DE 1924

EL Comité Hispano-Inglés se formó en Mayo de 1923, bajo la presidencia del Duque de Alba. Es secretario del mismo D. Jorge Silvela.

Los fines del Comité son promover estrechas relaciones intelectuales, artísticas y científicas entre los dos países.

El Comité, que contó desde el primer momento con la colaboración entusiasta del Embajador inglés, de D. Horacio Echevarrieta y del Marqués de Palomares, quiso prestar atención especial—aun antes de completar su constitución, organizar la propaganda y emprender ulteriores trabajos—a dos actividades que juzgaba fundamentales:

a) La fundación de becas para estudiantes universitarios ingleses en España y para estudiantes españoles en Inglaterra.

El Comité estima que la creación de estas becas es una de las obras más importantes que puede desarrollar, y que el nombramiento de estudiantes distinguidos para estos puestos logrará, mejor que nada, una íntima compenetración espiritual entre los dos países.

b) La organización de conferencias en Madrid, pronunciadas por eminentes personalidades inglesas en la ciencia, en las artes, en la política y en general en la vida social de Inglaterra.

El Comité creó una beca (con el nombre de Howard, en obsequio del anterior Embajador inglés en España, uno de los

THE Hispano-British Committee was constituted in May 1923, under the Chairmanship of the Duke of Alba. Don Jorge Silvela is the Secretary of the Committee.

The object of the Committee is to promote closer intellectual, artistic and scientific relations between the two countries.

From the beginning the Committee was able to count upon the enthusiastic support of the British Ambassador, Don Horacio Echevarrieta and the Marquis of Palomares and directed its first efforts—even before it was definitively formed and ready for propaganda and other work—towards the following two ends which it judged of the highest importance:

a) The endowment of Scholarships for English University students in Spain and for Spanish students in England.

The Committee believes that the creation of these Scholarships is one of the best things it can do and that the appointment of distinguished students to these posts will contribute, as no other way can, to a spiritual understanding between the two nations.

b) The invitation to lecture in Madrid of men prominent in British Scientific, Artistic, Political and Social life.

The first Scholarship endowed by the Committee (called the Howard Scholar-

más celosos fundadores del Comité Hispano-Inglés) con ayuda de la Residencia de Estudiantes, para graduados ingleses de las Universidades de Oxford y Cambridge, que desearan venir a Madrid a ampliar sus estudios. La Residencia tuvo ya un primer becario de Cambridge, alberga en la actualidad al estudiante designado por la Universidad de Oxford y piensa también enviar a un primer becario español a la Universidad de Cambridge, hasta tanto que la ayuda pecuniaria de las personas o instituciones que simpatizan con los fines del Comité permita enviar mayor número de becarios.

La organización de conferencias en Madrid por personalidades inglesas ha podido emprenderse inmediatamente, gracias a un generoso donativo en metálico anteriormente hecho por el Duque de Alba a la Residencia, y que ésta acordó aplicar a los gastos que originasen las conferencias inglesas.

El primer conferenciante que honra al Comité con su visita a Madrid es el ilustre egiptólogo Mr. Howard Carter, cuyos trabajos de excavación en la tumba de Tut-Ankh-Amen han sido seguidos durante años con tan intensa curiosidad por los hombres cultos del mundo entero. El Comité quiere dar públicas gracias al Sr. Carter por su exquisita amabilidad, que permite que el primer acto público que el Comité realiza, tenga una brillantez y un interés tan extraordinarios que seguramente provocará la ayuda de todas las personas que simpatizan con los fines que el Comité Hispano-Inglés persigue.

ship as a compliment to the British Ambassador, Sir Esmé Howard, one of the of the Committee's most zealous founders) was created with the help of the Residencia de Estudiantes and is for Graduates from the Universities of Oxford and Cambridge, to enable them to come to Madrid and complete their studies. The first Graduate from Cambridge has already passed through the Residencia, where the Oxford Graduate is at present residing. The first Spanish Student is about to be sent to Cambridge, but until the pecuniary assistance of the persons or Institutions which sympathize with the Committee increases, this is all that can be done.

The organization of the Lectures was made possible by a generous monetary gift from the Duke of Alba to the Residencia, which the latter has applied to the expenses of the Lectures.

Several eminent Englishmen have been invited by the Committee to give Lectures in Madrid. The first of these to honour the invitation is the well-known Egyptologist Mr. Howard Carter, whose work in the Tomb of Tut-Ankh-Amen has been followed with intense interest by cultured opinion throughout the world. The Committee desires to give public thanks to Mr. Carter for his great kindness which gives to the first public act of the Committee extraordinary brilliance and interest. The Hispano-British Committee hopes this act will stir the enthusiasm and prompt the help of all those who sympathize with its work.



El Alto Comisario de Egipto, Lord Allenby (izquierda), hablando con Lord Carnarvon (centro) y Mr. Carter (derecha).

E X O R D I O

(DE LAS CONFERENCIAS I Y II)

TUT-ANKH-AMEN, el Rey cuyo nombre es conocido en todo el mundo, reinó hacia 1356-1350 a. de J. C.

Era yerno de Amen-Hetep IV, llamado Akh-En-Aten, quien fundó la ciudad de Akh-Et-Aten, conocida de los europeos por El Amarna, en la margen oriental del río Nilo, a unas 190 millas al sur del Cairo. Akh-En-Aten —hijo de Amen-Hetep III el Magnífico— construyó su ciudad alrededor de 1375, a. de J. C., cuando derribó el culto de Amen y abandonó Tebas. En Akh-Et-Aten instituyó el culto del disco del Sol Aten, y fomentó una religión, un arte y una moral nuevas, dando así a este especial período de la historia de Egipto un extraordinario interés histórico y arqueológico.

De Tut-Ankh-Amen, o mejor Tut-Ank-Aten, como se llamó hasta convertirse al culto de Amen, sabemos poco o nada, y la falta de informes aumentó considerablemente las dificultades para situar el lugar de su enterramiento. Probablemente no era de linaje real, sino un noble, y acaso extraño a Tebas, desconociendo no solamente la ciudad, sino también sus tradiciones. Debíó de venir quizás de El Amarna, de donde a su conversión al culto de Amen se trasladó a Tebas, o acaso si el título de su nombre Amen, Heg-On-Shema, «El Príncipe de On del Alto Egipto», da algún indicio de su origen, puede haber sido natural de Hermonthis, es decir, Erment, la mansión meridional de la divinidad solar, justamente sobre Tebas.

Sabemos que Akh-En-Aten lo casó con su tercera hija, Ankh-Es-En-Pa-Aten, y que esto, según la ley de sucesión del antiguo Egipto, lo convirtió en un virtual heredero al Trono; pero no sabemos por qué Akh-En-Aten hizo esto. Akh-En-Aten había ensado ya a su primera hija con Smenkh-Ka-Ra, de cuya coregencia tenemos evidencia completa. Acaso en virtud de su casamiento Tut-Ankh-Amen sucedió a Smenkh-Ka-Ra como coregente, y, por consiguiente, residió en Tebas, aun antes de su subsiguiente acceso al Trono, con objeto de procurar a Akh-En-Aten un poderoso defensor del credo de Aten en la capital de Amen. Y puede ser que con objeto de conservar su Trono después de la muerte de Akh-En-Aten se viese obligado por razones políticas a aceptar la supremacía de Amen, a cambiar la significación religiosa de su propio nombre y el de su esposa—de Aten en Amen—y fijar permanentemente su residencia en Tebas. En virtud de la religión que abrazó, su enterramiento estaba en Tebas, y según las tradiciones tebanas el lugar de aquél en el Valle de los Reyes.

A Tut-Ankh-Amen sucedió su visir Ay, «El Divino Padre», quien, según una pintura en la cámara de la tumba del Rey, parece haber sido durante un corto tiempo coregente de Tut-Ankh-Amen.

Con el Rey Ay terminó la brillantísima dinastía décimooctava; y Hor-Em-Heb, general de Tut-Ankh-Amen, fundó la décimonona dinastía.

CONFERENCIA I

EL DESCUBRIMIENTO DE LA TUMBA DE TUT-ANKH-AMEN

LA LABOR DE LA PRIMERA ÉPOCA.

1923-1924

HACE ahora unos dos años que mi querido amigo el difunto Conde de Carnarvon y, si puedo incluirme, yo mismo, descubrimos, después de muchos años de trabajo, la tumba de Tut-Ankh-Amen, en el pavoroso Valle de las Tumbas de los Reyes.

El Valle de los Reyes es una hondonada muy remota y solitaria que separa las colinas de Tebas Occidental de la cadena de montañas de Libia que lindan con el desierto de Sahara. Y allí, bajo un gran Pico Guardián y a la cabeza de su principal valle tributario, veintisiete de los más grandes monarcas del Egipto construyeron su eterna morada.

Como aquellos monarcas de la Edad Imperial eran considerados como los descendientes del Gran Dios Ra, el Sol, siendo así sus representantes en la tierra, cuando partían de esta vida terrestre descendían al corazón de esta Montaña del Oeste, tras de la cual Ra, el Sol, se ocultaba, para renacer en el día de mañana, la vida futura.

Este gran cementerio del Imperio Egipcio — dentro de cuyo recinto nadie más que los Faraones y, mediante el consentimiento real, unos pocos cortesanos privilegiados podían ser enterrados — es un lugar muy solemne y que causa impresión profunda, pero que, bajo ciertas condiciones, no está completamente desprovisto de encanto, pues allí la naturaleza parece presentarse ante uno en toda su desnuda majestad, calma y quietud, como preparada para la duración eterna.

NUESTRAS RAZONES PARA CREER QUE TUT-ANKH-AMEN ESTABA ENTERRADO EN EL VALLE.

a) Hacia el final de las magníficas exploraciones de Mr. Theo. M. Davis en el Valle, encontró bajo una roca una taza de fina loza azul. Esta taza de loza ostentaba el cartucho o nombre de Tut-Ankh-Amen, y tenía todos los caracteres de ser de naturaleza sepulcral.

b) Mr. Davis, durante sus excavaciones, también descubrió un lugar oculto o escondite, donde había una colección de vasijas de barro. Estas vasijas estaban selladas, y cuando fueron examinadas por Mr. H. E. Winlock, del Museo Metropolitano de Arte (N. Y.), se encontró que contenían unos collarines florales, formados de pétalos de flores naturales cosidos en lienzo, tal como los habían usado las planideras en las ceremonias funerales. Había también una colección de sellos de arcilla de Tut-Ankh-Amen, tiestos, cofias de lienzo y pedazos de lienzo, uno de los cuales ostentaba inscritos el nombre del Rey y una fecha, en «El Sexto Año del Reinado de Tut-Ankh-Amen». Estos objetos parecían proceder de las exequias del Rey.

c) Otro importante y notable descubrimiento hecho por Mr. Davis en el Valle fué una bóveda, no una verdadera tumba, proyectada para el traslado del cuerpo de Akh-En-Aten, suegro de Tut-Ankh-Amen, de su primitiva tumba en El Amarna a este cementerio real tebano.

Una bóveda probablemente proyectada y construida cuando triunfó la reacción en favor del dios Amen, con objeto de salvar los restos mortales de Akh-En-Aten del furor de los sectarios y sacerdotes victoriosos.

Con estos descubrimientos—la taza de loza de Tut-Ankh-Amen de tipo sepulcral, un escondite de objetos pertenecientes probablemente a su sepulcro y el nuevo enterramiento del Rey herético, su suegro, en este Valle—teníamos, al menos, indicios vehementes para creer que nuestro Rey podía también estar oculto en alguna parte de este cementerio real tebano, ya colocado allí en un escondite por alguna mano piadosa, ya enterrado en una primitiva tumba propia.

Por fortuitas que estas pruebas puedan ser, dependiendo su éxito de subordinados detalles, únicamente por deducción de tales hechos ha sido guiada la excavación.

LA CONCESIÓN Y NUESTRA INVESTIGACIÓN DE TUT-ANKH-AMEN.

Sobre estas bases, no aceptadas unánimemente por nuestros colegas, y teniendo en cuenta aquellas contingencias, fué como obtuvimos de Sir Gastón Maspero, entonces director general del departamento de Antigüedades del Gobierno egipcio, una concesión para trabajos de investigación en el Valle de los Reyes, los cuales llevamos a cabo finalmente por el proceso de eliminación.

Por alguna razón instintiva escogí, en el centro del Valle, un área limitada por las tumbas de Ramses II, Mer-En-Ptah y Ramses VI. Esta área triangular, muy en el centro del cementerio real, había sido, al parecer, enteramente desdenada por los precedentes excavadores. Habían sido materialmente acumuladas aquí miles de toneladas de escombros de las precedentes excavaciones, realmente descargados de escombros amontonados por anteriores exploradores desde la época del sabio alemán Lepsius, en 1840.

Algunas calicatas nos indicaron pronto que el terreno que estaba bajo aquellos montones de tierra no había sido explorado, y no exagero nada al decirlos que tuvimos que remover unas 200.000 tone-

ladas de escombros antes de que empezásemos a explorar la capa inferior.

Aun entonces, en el transcurso de nuestras investigaciones, era muy difícil notar la diferencia entre un relleno artificial y el detritus de roca natural que forma el suelo del Valle, pues en un período de más de tres mil trescientos años el terreno colocado allí por manos humanas llega a consolidarse tanto, que es difícil distinguirlo del depósito natural. En realidad, sólo por un hallazgo casual de pedacitos de carbón vegetal, y en una ocasión una espina de pescado, fué como pudimos adivinar que estábamos prosiguiendo alguna obra antigua.

Durante seis años trabajamos en este sitio. Habíamos sistemáticamente desmenuzado la capa inferior, descubierto el fondo rocoso, prácticamente sin resultado alguno. Verdaderamente, era la mayor área explorada en el Valle sin el menor signo de una tumba.

Habíamos casi caído en la desesperación, y hubiéramos llegado a ella si no fuese porque en las proximidades de la tumba de Ramses VI encontramos (y nos intrigó mucho) un montón enterrado de guijarros de pedernal, antiguamente colocado allí, lo que sugería la proximidad de una tumba. Esta pila de pedernales era interesante ¿Por qué habían sido colocados allí? Estaban en una capa pre-Ramesida, es decir, en un plano más antiguo. Eran de un género que no era raro que fuese escogido por los antiguos egipcios para rellenar la entrada de una tumba; pero no había nada bajo ellos. Inmediatamente encima estaba el principio de una serie de cabañas de obreros construidas de tosca piedra de sillería.

Ahora bien: estas cabañas pertenecían a la cuadrilla empleada en la construcción de la tumba de Ramses VI, pero quedaba la duda de si aún en aquella fecha se hubiera permitido a los trabajadores construir las sobre la tumba de un poderoso.

Para llevar a cabo nuestro sistema de no dejar nada inexplorado, no dudamos en continuar nuestras exploraciones bajo aquellas cabañas. Nos decidimos, por consiguiente (teniendo en cuenta el montón de guijarros de pedernal), por una temporada más de trabajo. Primero des-

cubrir y registrar las cabañas de tosca piedra y luego examinar la capa rocosa de abajo.

LA LABOR DE LA ÚLTIMA ÉPOCA Y EL DESCUBRIMIENTO.

En octubre de 1922 regresé a Luxor para hacer este esfuerzo final. Una campaña de una temporada más. Y entonces en cuatro días hicimos el descubrimiento que rebasó nuestras más atrevidas esperanzas.

Trataré de contaros la historia. Aunque no es una historia fácil de contar, pues debido a su dramática precipitación, a la masa de material sacado a luz por ella, a los problemas que hay que vencer al tratarla y a los meses que siguieron tan atestados de incidentes, no le quedaba a uno apenas tiempo para reflexionar.

El 1.º de noviembre puse mi cuadrilla de egipcios al trabajo. Alrededor de unos 120 hombres y muchachos en total. Primero descubrir las cabañas, registrarlas, y después, examinar la roca de debajo. Recuerdo muy bien que al cuarto día llegué al lugar de la acción, por la mañana temprano, y me sobrecogió el solemne silencio producido por el paro del trabajo. Al principio temí que hubiese acaecido algún accidente, pero pronto me vi tranquilizado por el jefe de mi cuadrilla indígena, quien me dijo confidencialmente que al remover la primera cabaña había sido descubierto un escalón en la roca, y que ésa era la verdadera causa por la que el trabajo se había suspendido. Bajé con él al fondo de la excavación, donde mostró la prueba de lo que decía, un trozo de un escalón cortado en la roca viva, suficientemente libre de escombros para dejar ver que pertenecía al comienzo de una cortadura o hundida escalera.

Esto parecía demasiado hermoso para que fuese cierto; pero una corta cantidad de trabajo extraordinario nos reveló el hecho de que estábamos realmente a la entrada de una escarpada cortadura en la roca, unos cuatro metros bajo la entrada de la tumba de Ramses VI y a análoga profundidad del actual nivel del suelo del Valle. El tipo del corte era el de una sumida escalera corriente en las tumbas de la décimooctava Dinastía, y casi me

atreví a abrigar la esperanza de que habíamos al fin hallado nuestra tumba.

Lo mismo que yo, la cuadrilla indígena y los demás hombres estaban profundamente excitados, y el trabajo de desescombrar continuó febrilmente durante el resto del día. Pero no conseguimos hasta la tarde siguiente apartar la masa de escombros que cubrían el corte y deslindar los bordes superiores de la escalera por todos sus cuatro costados. Luego, al salir la luna llena, con mal reprimida excitación, examiné los descendentes escalones, uno por uno, conforme iban saliendo a luz. Nuestro trabajo progresaba más rápidamente ahora, los escalones se sucedían a los escalones, y al nivel del duodécimo descubrimos la parte superior de una puerta, tapiada, enlucida y sellada. A los rayos de la luna llena, ayudado de una bujía, con una excitación creciente hasta ser febril, examiné las impresiones del sello sobre la puerta para comprobar la identidad del propietario; pero allí donde las impresiones del sello eran descifrables, únicamente descubrí la del Sello de la Necrópolis Real, pero sin nombre alguno.

Mientras examinaba las impresiones del sello comprobé, encima de la puerta, de donde se había caído algún yeso, la existencia de un recio dintel de madera. Bajo éste, para asegurarme de lo que había más allá, hice un pequeño agujero, introduje la bujía encendida y descubrí que había un paso al otro lado relleno completamente desde el suelo hasta el techo con piedras y cascote, los escombros procedentes probablemente de su propia excavación. Este cuidadoso relleno era una prueba adicional de que, por lo menos, habíamos hallado algo de valor. ¿Por qué si no esta cuidadosa protección?

Era un emocionante momento para un excavador, solo, aparte de mis obreros indígenas, después de años de improductiva labor y en el umbral de lo que podía resultar un magnífico descubrimiento. ¡Quién sabía lo que guardaba aquella puerta sellada! Necesité apelar a todo el dominio de que era capaz sobre mi mismo para no derribar la puerta tapiada y ponerme inmediatamente a hacer mis investigaciones.

Las aves nocturnas empezaron a lanzar

sus gritos, y una hiena contestó con su risa. Yo me di cuenta de que se iba haciendo tarde. De mala gana volví a cubrir la excavación, colocando sobre ella a los hombres de mi mayor confianza, y cabalgué hacia mi hogar a la luz de la luna, por entre aquellos agrestes desfiladeros, a la abierta llanura desierta donde tenía mi casa.

Envié a un mensajero a Luxor con un cablegrama comunicando a Lord Carnarvon, a la sazón en Londres, las buenas nuevas, sin saber que si hubiese profundizado unas pocas pulgadas en aquella excavación, el nombre de Tut-Ankh-Amen en los sellos de la parte inferior de aquella puerta me hubiera revelado el secreto: que el casi efímero Rey Tut-Ankh-Amen, el yerno de Akh-En-Aten, de acuerdo con la religión que había abrazado, y según las tradiciones tebanas, había construido su sepulcro en el Valle de las Tumbas de los Reyes.

EL VALLE DE LAS TUMBAS DE LOS REYES.

PROYECCIONES.

1. *La entrada del Valle.*
2. *El camino* serpeando entre rocosos desfiladeros, donde no crece una pizca de verdura, y únicamente iluminado por el sol naciente y poniente.
3. *El camino* haciéndose cada vez más áspero.
4. *El camino* conforme tuerce hacia el Oeste—el gran Pico Guardián en lontananza—y conduce a:
5. *La Puerta Natural del Real Cementerio.*
6. *El Cementerio Real y el Pico Guardián.*
7. *El lugar de la tumba de Tut-Ankh-Amen* bajo la entrada a la tumba de Ramses VI.
8. *La entrada de la tumba de Tut-Ankh-Amen.*

EL INTERIOR DE UNA TUMBA REAL.

9. *La entrada de la tumba de Ramses VI* que da acceso a largas galerías descendentes; y
10. *Corredores.*
11. *Los corredores* con muros esculpidos y con interminables procesiones de dioses, benignos y malignos, hasta descender a:
12. *La cámara sepulcral* la gran cripta donde está el sarcófago que encierra la real momia—los restos mortales del descendiente de Ra.

NUESTRAS EXCAVACIONES.

13. *El lugar* donde empezamos primero nuestras investigaciones.
14. *El proceso de las excavaciones.*
15. *Los montones de escombros* mostrando la altura de los montones de escombros que había que remover antes de que pudiésemos empezar el trabajo de indagación en la capa inferior.
16. *Comenzando la zanja en la intacta capa inferior.*
17. *La zanja* conforme se aproxima a la capa rocosa.
18. *Los muchachos llevando los cestos* mostrando el método adoptado en Egipto para transportar los escombros desde las zanjas.
19. *La zanja antes del descubrimiento.*
20. *El vertedero* mostrando la cantidad de escombros removido.
21. *La cumbre del vertedero.*

EL DESCUBRIMIENTO.

22. *Las cabañas de los trabajadores* construidas de tosca sillería, bajo las cuales fué descubierto el primer escalón que conduce a la tumba de Tut-Ankh-Amen.

23. *El primero de los escalones que conducen a la tumba*

cuando empezó a quedar libre de los escombros echados encima y fuimos capaces de deslindar los cuatro lados del borde superior de la escalera.

En respuesta a mi telegrama, después de un poco más de una quinceña, llegó Lord Carnarvon (23 de noviembre), y estuvimos dispuestos para empezar e investigar el descubrimiento.

Lentamente comenzó el trabajo, hasta que al fin descubrimos

24. *Los diez y seis escalones que nos condujeron a la puerta sellada.*

25. *La puerta sellada*
cubierta de arriba abajo con sellos. En la parte inferior las impresiones del sello estaban mucho más claras, y fuimos capaces de descifrar sin dificultad alguna el nombre de Tut-Ankh-Amen sobre ellos.

Sobre estos sellos había distintas señales de sucesivas reaperturas seguidas de nuevos cierres; además, el Sello de la Necrópolis Real era con el que había sido cerrada últimamente, ya que los sellos de Tut-Ankh-Amen cubrían la incólume parte inferior primitiva de la puerta.

26. *Ejemplos de los sellos.*

A la derecha (el cartucho vertical) está el Sello de la Necrópolis Real. El Chacal (recostado) sobre tres filas de tres prisioneros, simbolizando el Faraón sobre los nueve enemigos de Egipto.

A la izquierda (los cartuchos horizontales) están las impresiones del Sello de Tut-Ankh-Amen.

Levantamos los sellos y lo que obstruía la puerta y descubrimos

27. *El paso*
completamente relleno de piedra y cascote, traídos probablemente los trozos de piedra de su propia excavación.

Notaréis que este relleno análogo y correspondiendo en posición al de la puerta, mostraba distintas señales

de haber sido horadado el interior y después rellenado. La parte original (inferior) se componía de limpia piedra blanca desmenuzada, mientras que la parte alterada (la superior) había sido rellenada y completada con guijarros de oscuro pedernal —evidentemente con pedernales del montón que descubrimos en nuestras indagaciones arriba en el Valle.

Desembarazamos este empinado paso descendente, lo que nos llevó tres días, y el 26, el día famoso, a mitad de la tarde, a unos treinta pies de profundidad, en el transcurso de nuestro trabajo, la capa de escombros empezó otra vez a adelgazarse, descubriendo otra puerta sellada. Una casi exacta réplica de la primera, mostrando análogos sellos y presentando señales parecidas de sucesivas reaperturas y subsiguientes cierres —coincidiendo en posición con el escombros en el paso y la primera puerta. Con lentitud, con desesperante lentitud, nos parecía a nosotros, que vigilábamos, que iban desapareciendo los restos de escombros del paso que embarazaban la parte inferior de la puerta, hasta que al fin tuvimos toda la puerta libre ante nosotros. El momento decisivo había llegado. Con manos casi temblorosas hice una delgada abertura en el ángulo superior izquierdo. La oscuridad y un espacio vacío me indicaron que había allí una cámara donde íbamos pronto a penetrar. Aplicamos entonces una bujía encendida, la prueba y precaución necesaria siempre contra posibles gases peligrosos, y luego, ensanchando el agujero un poco, introduje la bujía y escudriñé el interior. Al principio no pude ver nada, por el aire caliente que al escapar de la cámara hacía oscilar la llama de la bujía, hasta que, yendo gradualmente los ojos acostumbrándose a aquella luz, surgieron lentamente de las tinieblas los detalles del interior del cuarto, animales extraños, estatuas, y oro, por dondequiera el brillo del oro.

Durante un momento —una eternidad debió de parecerles a los demás

que estaban cerca—me quedé atónito, cuando Lord Carnarvon, incapaz de contener la impaciencia por más tiempo, preguntó ansiosamente: «¿Ve usted algo?». Todo lo que pude contestar fué: «Sí, cosas maravillosas». Después, ensanchando el agujero penetramos dentro.

Era asombroso. Estábamos en la Antecámara de la Tumba de Tut-Ankh-Amen, llena de objetos magníficos, y, por vez primera, vimos el esplendor de la Epoca Imperial del Antiguo Egipto.

Os mostraré exactamente lo que vimos, intacto e incólume durante tres mil trescientos años.

LA ANTECÁMARA.

28. *La Antecámara, extremo Sur.*
29. *La Antecámara, muro occidental.*
30. *La Antecámara, extremo Norte.*
31. *La Antecámara, la puerta por la que habíamos entrado.*
Os mostraré ahora algunos de los más importantes objetos de aquella Cámara:

EL COFRE PINTADO.

32. *El cofre de madera pintado.*
Está cubierto con yeso y brillantemente pintado con escenas del Rey cazando animales del desierto, el Rey en lucha contra los enemigos de Egipto, y representaciones simbólicas de Tut-Ankh-Amen, como una esfinge pisoteando a sus enemigos, recordando estas escenas a las más finas miniaturas persas.
33. *El Rey cazando leones y leonas.*
En el centro vemos al Rey en su carro. Detrás de él están representados sus porta-abanicos, cortesanos y guardia personal. En el campo está representada la flora del desierto.
34. *Los leones y las leonas.*
La minuciosidad de detalle, sensación de movimiento y la expresión de agonía de los animales moribundos hacen de esta miniatura la más hermosa en su género.

35. Una batalla.

El esquema de ornamentación aquí es semejante a la escena que acabo de mostrar, con la diferencia de que aquí el Rey está representado matando a sus enemigos del Norte o asiáticos. La masa total de este dibujo está formada de multitud de figuras en toda clase de actitudes—y actitudes magníficas—. Tut-Ankh-Amen está representado en su carro, tendiendo su arco, los haces de flechas a sus costados y las víctimas cayendo ante él como ante la peste.

36. Una escena sobre el tablero final.

Representa al Rey como una esfinge pisoteando a sus enemigos. En el centro están los dos cartuchos de Tut-Ankh-Amen.

37. El contenido del cofre

tal como fué descubierto, mostrando el traje y las sandalias del Rey.

38. Las sandalias de corte del Rey.

Están hechas de cuero cubiertas de oro primorosamente trabajado, y la correa que pasa entre el dedo grueso y los otros es de oro calado.

39. La hebilla de la sandalia de corte.

La hebilla de la sandalia es de primorosa labor de diferentes colores obtenida con diferentes aleaciones. En el centro tiene una flor de loto ricamente taraceada, y al otro lado, delicadamente modeladas, hay cabezas de patos en oro.

EL LECHO DEL LEÓN.

40. *Objetos apilados sobre el lecho del león.*
41. *La cabeza del lecho del león*
tallada en madera, cubierta con fina hoja de oro y con piedras de lapis-lázuli incrustadas.
42. *La cama del Rey*
tallada en sólido ébano con malla de cuerda. El tablero de los pies, de labor calada, es de ébano, marfil y oro, representando a los dioses tutelares Bes Thoueris.
43. *Un cofre áureo adornado.*
Los paneles de la tapa y costados de la caja son de brillante loza azul

cubierta con ornamentación en yeso dorado. El trazado de los paneles de los costados comprende los cartuchos del Rey con Uraei colgantes coronados con discos solares. El del frente tiene los signos «Heh» de eternidad. Los realces son de loza violeta e incrustados los cartuchos de Tut-Ankh-Amen en azul pálido.

44. *El contenido del cofre*
tal como se descubrió. Este cofre contenía un conjunto de interesantes objetos, entre otros un traje sacerdotal de piel de leopardo, aretes y collares de loza, y que parecía ser parte del botín de los saqueadores; un gran escarabajo hermosamente labrado, un cetro, hebillas de oro probablemente de los arneses de los carros, y un manojo de anillos de oro macizo guardados en una faja, de la que hablaré luego.
45. *Las hebillas de oro*
de lámina de oro calada, con dibujo aplicado de menudos gránulos. Un asunto es una escena de caza; en otro, Tut-Ankh-Amen está sentado en su trono.
46. *El escarabajo*
de oro y lapislázuli. El asunto en su bisel representa, en oro repujado, al Rey entre los dioses solares Atum (a la izquierda) y Horus (a la derecha). Sobre el Rey está el disco solar radiando vida, y debajo una simbólica escena de los habitantes de Egipto en la «Unión de los Dos Reinos», es decir, el Alto y Bajo Egipto.
47. *La faja*
conteniendo un manojo de sólidos anillos de oro—un botín de ladrones—guardadas en un envoltorio de lienzo, como haría un *fellah* de hoy.
48. *Las sortijas.*
Siete anillos de oro macizo y una ornamental sortija de sello, teniendo asuntos solares ricamente incrustados con taracea brillante.
49. *El cetro del Rey*
de oro y lapislázuli.
50. *Los candeleros de antorcha, de bronce y oro sobre pedestales de madera.*
Estos son de tipo absolutamente nuevo, y uno de ellos tiene todavía su antorcha, de lienzo retorcido, situada en la taza de aceite. Dos de ellos tenían tazones para mechas flotantes, ahora perdidos. Probablemente eran de oro y fueron robados por los ladrones de tumbas. En la lámpara izquierda un pequeño cuenco de barro sirve para mostrar cómo debían de ser probablemente aquellos.
51. *El candelero de antorchas*
teniendo su antorcha, de retorcido lienzo, todavía en posición en la dorada capa de aceite.
52. *Objetos apilados bajo el lecho del león.*
53. *Un gran cofre de cedro*
chapeado y con incrustaciones de ébano y marfil. Es una especie de baúl de viaje, con unas asas plegables, fijas en grandes argollas de cobre inferiores. Originariamente contenía trajes y ropa interior del Rey.
54. *Una caja negra en forma de urna*
de madera y cubierta de una resina negra, con dos puertas de dos hojas selladas.
55. *El sello sobre las puertas*
que al abrir se encontraba que contenía:
56. *Una serpiente de oro,*
envuelta en lienzo, que demostraba ser
57. *El emblema o enseña*
de la Décima Provincia del Antiguo Alto Egipto.
58. *Un cofre de alabastro*
que en otro tiempo contuvo bucles de cabello del joven Rey. La decoración está grabada profundamente y rellena con pigmentos de color. Las manillas o realces son de obsidiana pulimentada; una piedra de naturaleza volcánica.
59. *La silla del Rey.*
Una silla pequeña del Rey cuando era niño. Es de ébano tallado y con

incrustaciones de marfil. Tiene encantadores antilopes y asuntos florales de oro repujado sobre las caras de los brazos.

ENTRE EL LECHO DEL LEÓN Y EL DE HATHOR.

60. *Una colección de tarros de perfume de maravillosa manufactura, tallados en puro semitransparente alabastro (calcita).*

61. *Uno de los vasos de alabastro para perfume.*
Está rodeado por el emblema de «Miriadas de Años» y flores de papirosylotos que simbolizan la «Unión de los Países» o Reinos del Alto y Bajo Egipto.

62. *Otro ejemplar.*

63. *Un ejemplar más hermoso.*

Como los precedentes vasos, está rodeado de símbolos de «Años» y la «Unión de los Reinos». Las incrustaciones en relieve son de obsidiana. El vaso es de una pieza de alabastro, mientras el enrejado pedestal es de otra pieza de aquella semitransparente piedra.

ENTRE EL LECHO DE HATHOR Y DE THOUERIS.

64. *Una silla*
tallada de cedro con discos solares alados, ángulos y clavos de oro. La ornamentación calada, de plata y oro, entre el asiento y el travesaño, arrancada por los ladrones, representaba la «Unión del Alto y Bajo Egipto» en la forma de flores de lotos y papiros, simbolizando la ligadura que junta a estos dos países.

65. *El tablero calado del respaldo.*

El asunto comprende una figura central de «Heh» arrodillada sobre un signo de «Nub», simbolizando la «Aurea Eternidad». En cada mano de esta figura están los emblemas de «Miriadas de Años», y de su brazo derecho pende el «Ankh», símbolo de la «Vida». A ambos lados de esta figura central están los nombres-

Horus de Tut-Ankh-Amen, coronado por el halcón-Horus llevando las coronas del Alto y Bajo Egipto. Sobre el travesaño superior, coronando la composición total, está el disco-solar-alado en lámina de oro repujado.

EL LECHO DE THOUERIS.

66. *El lecho de Thoueris*
tallado en una madera dura y muy compacta, recubierta con chapa de oro. Nótese el agujero de los ladrones hacia la cámara adyacente, visible bajo el lecho.

67. *La cabeza del lecho.*

A semejanza del lecho, está tallada en madera, recubierta de fina chapa de oro, pero la lengua y los dientes son de sólido marfil.

BAJO EL LECHO DE THOUERIS.

68. *El Trono de la coronación y el taburete del Rey*
bajo el lecho de Thoueris.

69. *El Trono (vista anterior).*

Este importante e histórico monumento—un espléndido trono—está recubierto con recia lámina de oro, ricamente adornado con policroma loza, vidrio y piedras de colores incrustadas, del más fino arte de El Amarna.

Las patas, de forma felina, están coronadas con cabezas de león en oro cincelado, de hermosa sencillez. El perdido dibujo en oro calado entre el travesaño y el asiento, arrancado a causa del metal por los saqueadores de tumbas, consistía en flores de papiros y lotos simbolizando la «Unión de los Dos Países», es decir, los Reinos del Alto y Bajo Egipto.

70. *El Trono (vista lateral).*

Los brazos están formados de serpientes coronadas y aladas.

71. *El Trono (vista posterior).*

Detrás, en el tablero posterior, hay una escena en relieve de papiros, juncos y aves acuáticas, y entre los travesaños que sostiene hay protectoras serpientes llevando discos solares.

72. *El tablero posterior del Trono.*

Es el tablero posterior, sin embargo, el que constituye la principal gloria de este monumento, y no vacilo en declarar que es el cuadro más hermoso que hasta ahora se ha encontrado en Egipto. Aparte de su mérito artístico, de su colorido extraordinariamente brillante y vistoso, se encuentran en este monumento todas las características del arte de El Amarna y Tut-Ankh-Amen, un sencillo arte casero lleno de sentimiento doméstico.

La escena representa a la juvenil Reina (de pie) y al joven Rey (sentado) en uno de los salones del Palacio. Sobre ellos está el disco solar derramando su vida al emitir sus rayos. Tut-Ankh-Amen está sentado, en una despreocupada postura, sobre un sillón almohadillado, echado descuidadamente sobre el respaldo de la silla. Ante él está de pie la juvenil figura de Ankh-Es-En-Pa-Aten. En una mano tiene un vaso pequeño de esencia o ungüento, y con la otra mano unge el hombro o arregla o perfuma el collar de su marido, dando aparentemente los últimos toques a su tocado antes de entrar en el salón de la coronación. Es una deliciosa composición llena de vida y sentimiento.

Las caras y otras partes del cuerpo del Rey y de la Reina son de cristal rojo, y los adornos de la cabeza, de brillante loza, semejante a turquesa. Los trajes son de plata, deslustrada por el tiempo. Las coronas, collares, bandas y otros detalles decorativos del tablero son todos de mosaico, diminuto mosaico de coloreados cristales, loza, piedras semipreciosas y una composición hasta aquí desconocida, transparente calcita fibrosa realzada con coloreada pasta, en apariencia semejante al cristal «Millefiori». El fondo lo constituye la hoja de oro con la que está cubierto el Trono.

73. *Los brazos del Trono.*

Espléndidas serpientes coronadas y aladas forman los brazos del Trono, ricamente incrustados con lapislázuli. Sus cabezas son de loza viole-

ta; las coronas, de plata y oro. Sostienen con sus alas los cartuchos del Rey que todavía contienen el elemento Aten. El cartucho dice: Tut-Ankh-Aten, en lugar de Tut-Ankh-Amen, el nombre que tomó cuando volvió al culto de Amen. Es por lo menos curioso que un objeto de tal importancia histórica pueda encontrarse aquí, dentro de la fortaleza de la fe de Amen, con tan manifiestos signos de la anterior herejía.

74. *El taburete que estaba delante del Trono.*

Un taburete de madera dorada y loza azul oscura que originalmente estaba ante el Trono. Sobre el tablero superior hay una escena ritual representando unos cautivos, atados y postrados, la cual aclara el párrafo de las escrituras «Hasta que hagas de tus enemigos tu escabel», y podemos estar seguros de que tal escena convencional tuvo su origen en la realidad.

ANTE EL LECHO DE THOUERIS HABÍA DOS TABURETES.

75. *Un taburete de madera lisa.*

Un decorativo taburete de madera pintado de blanco. El dibujo calado entre las patas simboliza la «Unión de los Dos Reinos», es decir, Alto y Bajo Egipto, y aclara la pérdida ornaméntica arrancada por los saqueadores de tumbas de los travesaños y asiento del Trono.

76. *Un taburete de ébano y marfil.*

Un taburete de ébano con ricas incrustaciones de marfil y embellicado con engastes de oro macizo, el más hermoso ejemplar conocido en su género.

El asiento del taburete se propone representar una piel de animal. Las patas terminan en cabezas de ánades.

DETRÁS DEL LECHO DE THOUERIS.

77. *El maniquí del Rey.*

Esta figura, de tamaño natural, es de madera tallada, cubierta con yeso y pintada. Probablemente se utilizaba

ba, ya para las joyas, ya para los trajes del Rey.

78. *Una figura de Shawabti.*

Un hermoso retrato del joven Rey, en forma de una estatuita funeraria, tallada en madera dorada y pintada.

79. *Una pequeña urna dorada.*

Una nave de madera enteramente forrada con gruesa hoja de oro. Tiene puertas dobles, aseguradas por cerrojos de ébano, introducidos en pequeñas armellas de oro. En el interior tiene un pedestal de madera dorada, indicando que había contenido anteriormente una estatuita, probablemente de oro macizo, robada por los saqueadores de tumbas por el valor del metal.

Pero el principal interés está en los numerosos paneles de sus costados, donde, repujado y cincelado en oro, hay escenas en delicado bajo relieve representando episodios de la vida diaria del Rey y de la Reina. En todas estas escenas hay una encantadora nota de amistosa relación entre marido y mujer, la inconsciente amistad que es el rasgo dominante del arte del reinado de Tut-Ankh-Amen.

80. *Una escena en la urna.*

Particularmente una escena en los paneles de la urna pinta a la Reina acompañando al Rey en una partida de caza. Aquí se representa al Rey sentado en un banquillo, cazando patos silvestres con arco y flechas, teniendo a su lado su favorito cachorro de león. La Reina está representada acurrucada en un cojín, a sus pies, entregándole una flecha con una mano, mientras con su mano izquierda señala a un grueso pato por temor de que él no lo vea.

Entre numerosos objetos hallados en la Antecámara había collares, bastones y báculos de ceremonia y hermosos tejidos.

COLLARES.

81. *Un paquete de anillos y un collarín de loza.*

Esta fotografía es a la vez curiosa e interesante. Observad en ella una

tapa de una caja de madera, sobre la cual hay un manojito de anillos de loza y un collarín de policroma loza que han sido desdeñados por los ladrones, considerándolos de poco valor para ellos.

Ahora bien: esta tapa fué trasladada al laboratorio sin desordenar los objetos que había sobre ella; y Mr. Mace, del Museo Metropolitano de Arte (N. Y.), los limpió cuidadosamente en su mismo sitio, sin trastornar su colocación.

82. *El manojito de anillos y el collarín, limpiados.*

Al hacer esto Mr. Mace, encontró que el cordón del collarín ya no existía, y entonces, con mucho cuidado, volvió a ensartar sobre una nueva seda cada colgante, uno por uno, exactamente en su mismo orden, y he aquí el resultado.

83. *El collarín reconstruido.*

Los diminutos colgantes que componen el collarín representan frutos y pétalos de flores, y están hechos de loza brillantemente coloreada. Las dos piezas rectangulares son los broches que se unían en la parte posterior del cuello.

84. *Otros ejemplares.*

Estos collarines, de delicada loza, estaban evidentemente colocados en las camisas del Rey, y no vacilo en decir que es poco dudoso que fuesen desunidos cuando la camisa fué enviada a lavar.

BASTONES DE CEREMONIA.

En la larga caja blanca que estaba ante el lecho del león había los arcos y flechas del Rey y colecciones de sus bastones de ceremonia de diferentes clases.

85. *Dos bastones de ceremonia.*

Este par de bastones tiene puños terminando en prisioneros negros. Están recubiertos de fina hoja de oro; las cabezas, brazos y pies de los negros son de ébano. Son notables por su hermoso y hábil dibujo y la finura de su talla.

86. *Un bastón de ceremonia.*

Semejante al par anterior; pero en este magnífico ejemplar están representados dos enemigos del Rey, simbolizando los enemigos meridionales y septentrionales de Egipto. El tipo africano es de ébano, mientras que el asiático es de marfil. Estos cautivos están sujetos al bastón del Rey, sus brazos ligados y sus pies también trabados.

La expresión del africano, sufriendo su humillante posición, está maravillosamente interpretada, pero acaso la obra maestra es la talla del asiático, una labor casi dolorosamente realista que voy a mostraros en mayor tamaño.

87. *El prisionero asiático.*

El original tiene solamente el tamaño de la yema de un dedo pulgar, y, sin embargo, mirad su delicada finura, aun aumentado a esta escala.

La talla de estos cautivos es única en el arte egipcio.

88. *Otro bastón de ceremonia.*

Este bastón tiene un enemigo asiático en su puño, con una extraordinaria semejanza con el famoso comediante Charlie Chaplin. Puede decirse que es el Charlot de este período.

TEJIDOS.

89. *El dedil del Rey.*

Es el dedo de un guante de lienzo con cintas para atarlo al dedo enfermo del Rey niño.

90. *Un par de guantes.*

Estos guantes son de lienzo, forrados de lana, y tienen cintas para atarlos a las muñecas.

91. *Un ejemplar de marcas de ropa blanca.*

Un ejemplar de marca personal en la ropa blanca del Rey.

LA COPA VOTIVA.

Cuando derribamos la puerta sellada de la Antecámara, tuvimos que pisar con cautela, pues en la Cámara, de ocho y medio metros por cuatro, llena de objetos delicados, un simple paso en falso o un movimiento precipitado hubiera causado un daño irreparable.

En cuanto penetramos, frente a nosotros, en la puerta—tuvimos que pasar sobre él para entrar en la Cámara—, estaba el más hermoso de todos los objetos.

92. *La copa votiva del Rey*
hecha de puro alabastro semitransparente (calcita), con asas de flores de lotos a ambos lados, sosteniendo las estatuas arrodilladas o emblemas de la «Vida Eterna». Sobre su transparente taza, en delicado bajo relieve, hay un verticilo de cálices y sépalos. En el centro, en negro, está el nombre y prenombres del Rey. Alrededor del borde está el título de Tut-Ankh-Amen y el voto, que dice: *Viva tu ka, y puedas permanecer millones de años, tú, el amante de Tebas, sentado con tu cara al viento Norte, y tus ojos contemplando la felicidad.*

Es la oferta de la joven Reina a su difunto Monarca.

Nuestra tarea durante la primera época consistió en registrar, trasladar, proteger y empaquetar la mayor parte de los objetos encontrados en la Antecámara, y finalmente, transportarlos al Museo del Cairo.

CONFERENCIA II

EL DESCUBRIMIENTO DE LA TUMBA DE TUT-ANKH-AMEN

LA LABOR DE LA SEGUNDA ÉPOCA.

1923-1924

COMO esta conferencia trata principalmente del trabajo de la segunda época del descubrimiento de la tumba de Tut-Ankh-Amen, no os molestaré repitiendo ninguno de los incidentes dramáticos de la primera parte del descubrimiento, a excepción del que sirve puramente de introducción.

Sin duda recordaréis, por las informaciones publicadas en todo el mundo, cómo después de muchos años de penosos esfuerzos llegamos al fin a nuestra meta al descubrir un escalón cortado en el lecho de roca debajo de la entrada de la tumba de Ramses VI, el cual resultó ser el comienzo de una escalera que descendía a la tumba de Tut-Ankh-Amen.

Tuvimos un sentimiento de pavor cuando hicimos el descubrimiento y, des-
embarazada la escalera y empinado paso descendente al entrar en la Antecámara, contemplamos por primera vez en aquel hipogeo el esplendor de la Edad Imperial del Egipto del siglo XIV, antes de Jesucristo. La majestad de la escena, el suntuoso esplendor de todo aquello, lo hacía parecer más semejante a la confusa magnificencia de los falsificados esplendores que se amontonan en la guardarropia de alguna ópera moderna que a alguna posible realidad sobreviviendo desde los tiempos antiguos.

El efecto fué de aturdimiento verdaderamente abrumador. Además, la magnitud del descubrimiento nos había cogido de sorpresa. Sin embargo, pronto nos di-

mos cuenta de que nuestro primer deber era registrar, limpiar y preservar el contenido de la Antecámara, antes de entrar en ninguna otra habitación. Esta empresa la llevamos finalmente a cabo. Tan amontonados estaban los objetos allí dentro, que cuando los removimos parecía que jugábamos a un gigantesco juego de dados.

Transcurrió la mayor parte de la primera temporada antes de que todos los enseres de la Antecámara fuesen transportados al laboratorio, donde, con excepción de los carros, se ocuparon de su conservación y embalaje. Nosotros pudimos entonces penetrar el misterio de la sellada puerta interior, que resultó ser la entrada a la Cámara funeral de Tut-Ankh-Amen.

La segunda temporada de trabajo empezó en el laboratorio dirigido por Mr. Mace, ocupándose en los carros que no se habían arreglado en el año anterior. Mientras él realizaba esta obra de conservación con la ayuda de Mr. Callender, yo empecé los trabajos preliminares para ocuparme en la Cámara funeral demoliendo primeramente el tabique que la separaba de la Antecámara, labor preparatoria muy necesaria para el desarme de las grandes urnas de oro, dentro de las cuales estaba el sepulcro.

Sin derribar primero aquel tabique hubiera sido imposible trabajar en las urnas dentro de la Cámara funeral. Aun así, nuestra gran dificultad consistió en el reducido espacio en que tuvimos que

ejecutar la tarea, sumamente difícil, de desmontar aquellas maravillosas urnas, en número de cuatro, metidas una dentro de otra.

Fuera del limitadísimo espacio y alta temperatura que allí reinaba, nuestras dificultades se vieron aumentadas por el gran peso de las secciones en que podían dividirse aquellas urnas, que estaban hechas de tablas de seis centímetros, de madera compacta, recubiertas con soberbia y delicada labor en oro sobre yeso. El tablón de madera, aunque perfectamente sano, se había contraído en el transcurso de tres mil trescientos años en aquella atmósfera muy seca; la labor de oro sobre yeso se había más bien dilatado ligeramente; así es que había un espacio entre la madera que servía de base y la preciosa capa que decoraba la superficie, la cual al tocarla tendía a quebrarse. El problema consistía en manejar estas piezas de las urnas, que pesaban de $1/4$ a $3/4$ de tonelada, al desunirlas y trasladarlas en un espacio muy limitado, sin causarles excesivo daño.

Otras dificultades surgieron en esta empresa, y una de ellas consistió en que estas piezas estaban enlazadas por medio de ocultas espigas de madera introducidas en el espesor de la tabla. Únicamente forzando ligeramente las piezas, introduciendo entre ellas una sierra fina y cortando así las espigas nos fué posible desunirlas y ponerlas separadas. Tan pronto como descubrimos los medios de vencer esta dificultad, al trabajar en la gran urna exterior—y estábamos orgullosos de nosotros mismos, figurándonos que habíamos aprendido cómo operar con la siguiente urna o urnas—, nos encontramos con que en la segunda urna interior, aunque enlazada de análoga manera, las ocultas espigas estaban hechas de cobre, grabadas con el nombre de Tut-Ankh-Amén, y estaban remachadas, no pudiendo ya ser serradas enteramente como en el primer caso. Tuvimos que encontrar otros métodos de entendernos con ellas. Esta nueva dificultad fué finalmente vencida examinando cuidadosamente primero la superficie exterior de oro, descubriendo, por defectos tales como ligeras mellas o manchas, la exacta posición de los remaches, hacer un pequeño hueco en

la labor de oro para descubrirlos, talar los remaches, separar las espigas de cobre y desunir así las piezas. Verdaderamente, contra lo que esperábamos, conforme avanzábamos más adelante, aunque el espacio para trabajar dentro había aumentado, surgían continuamente nuevos e inesperados obstáculos.

Nos dimos de calabazadas, nos pinchamos los dedos y padecimos todo género de molestias. Y hasta me parece que uno de los eminentes químicos que nos ayudaban en el trabajo de conservación, al tomar todo género de datos de la atmósfera y registrar otros fenómenos en la tumba, encontró que había también registrado un cierto porcentaje de juramentos. Sin embargo, tengo la satisfacción de decir que hicimos más daño a nuestras cabezas y a nuestras manos que a aquellas preciosas urnas de oro.

Tal fué nuestra tarea durante la labor de la segunda época en la tumba de Tut-Ankh-Amén: demoler el tabique que separaba la Antecámara de la Cámara funeral y desarmar aquellas grandes urnas de oro que contenían dentro el sepulcro, y, hecho esto, descubrir el magnífico sarcófago cristalino que contenía al Rey y que aquellas construcciones guardaban en su centro. Esto nos ocupó ochenta y cuatro días de trabajo manual realmente duro. Os formaréis una idea de la magnitud de la empresa cuando os diga que la gran urna exterior que ocupaba aproximadamente toda la Cámara sepulcral media 5 metros por 3,30 metros y 2,75 metros de altura; que las cuatro urnas comprendían 21 piezas cada una, haciendo un total de 84 piezas, teniendo que emplearse en cada una de ellas un método diferente que en la anterior.

Os enseñaré con proyecciones, primero los carros encontrados en la Antecámara, que permanecieron desarmados durante la primera época y fueron arreglados en el laboratorio en esta última campaña; en segundo lugar, la apertura de la sellada puerta interior; en tercer lugar, la Cámara funeral y las grandes urnas en ella; y, por último, el magnífico sarcófago amarillo cristalino que aquellas urnas guardaban en su interior.

LOS CARROS.

PROYECCIONES.

93. *Los carros, «in situ», muro sureste de la Antecámara.*

Los carros en la Antecámara antes de ser transportados al laboratorio. Figuran aquí las partes de nada menos que cuatro carros de guerra y caza, y como muestra la fotografía estaban todos confusamente amontonados. Los ladrones los habían volcado de un lado para otro, en sus esfuerzos por conseguir los trozos más valiosos de la decoración de oro que los cubría. No era de ellos, sin embargo, toda la responsabilidad, pues el pasillo de la entrada era demasiado estrecho para permitir el ingreso de los carros completos. Por esto, para poder introducirlos en la Cámara, los ejes fueron deliberadamente serrados en dos trozos, las ruedas desmontadas, apilado todo junto y las desmembradas cajas colocadas aparte.

La tarea de Mr. Mace para volver a montar y restaurar estos carros era enorme, pero los resultados obtenidos son suficientemente espléndidos para justificar todo el tiempo que haya empleado en ellos.

Están cubiertos de arriba abajo con oro, en el que no hay una pulgada que no esté decorado, ya con repujados diseños y escenas sobre el oro mismo, ya con dibujos de mosaico de vidrios de colores y piedras semipreciosas.

94. *Los Sres. Mace y Lucas fuera del laboratorio examinando una de las cajas de los carros.*
95. *La caja del carro de guerra del Rey hermosamente construida de dura madera curvada, cubierta con lámina de oro, primorosamente repujada y cincelada, y con bordes de mosaico de vidrios de colores y piedras semipreciosas.*
96. *Detalle en el frente de la caja.*
En el centro observaréis el prototipo de la azucena, la flor del loto,

el símbolo del Alto Egipto, y la margarita. A ambos lados está el promorfo de la voluta en espiral típica de las civilizaciones del Mediterráneo oriental.

97. *El interior del carro.*

El asunto de la decoración del interior es el protocolo de Tut-Ankh-Amen y los vencidos enemigos de Egipto.

98. *Decoración interior.*

Aquí están representados los enemigos de Egipto, los libios del Oeste, los asiáticos y negros del Norte y Sur, expuestos alternativamente, sujetos al corazón del Trono del Alto y Bajo Egipto. La ejecución de este adorno, repujado sobre el oro, es notable por su delicadeza. Lo característico de cada tipo extranjero está realizado con una perfecta sencillez.

99. *Otra parte del mismo dibujo.*

100. *Otra parte en colores.*

El Rey está aquí representado por una esfinge con cabeza humana, simbolizando el poder, aniquilando a un enemigo. El relieve del centro es de plata¹ con incrustaciones de cornalina, lapislázuli y turquesas. Observad el delicado adorno floral del margen conteniendo un cerco de plancha de oro con incrustaciones de vidrios policromos y piedras semipreciosas semejantes.

101. *Un mascarón en la caja del carro.*

La cabeza del dios doméstico Bes, ejecutada en oro e incrustada con taracea. Estas cabezas están colocadas en el punto de unión de la caja del carro y el eje.

102. *Los ejes*

de madera dura adornada con tachones y bandas que, como las cajas de los carros, brillan con el oro y las incrustaciones.

Los carros egipcios son de una construcción muy ligera, y con toda su delicada ornamentación cuesta trabajo imaginar que jamás fuesen proyectados para la guerra o para

¹ La plata en aquella época tenía más valor que el oro.

la caza. Pero aquellos antiguos artifices demostraban gran habilidad técnica y eran peritos en la construcción de vehículos, como trataré de explicar al enseñaros las ruedas.

103. *Las ruedas.*

Construidas de dura madera curvada, envuelta con cuero en bruto y recubierta de fina lámina de oro. Constituyen un ejemplo único de la habilidad constructora referida. Muestran un consumado conocimiento de factura de ruedas, destreza mecánica, ensambladura práctica y excelencia artística.

Con medios relativamente limitados a su disposición, los antiguos egipcios hicieron, del modo más ligero posible, el más fuerte y más duradero tipo de construcción de un cubo, radios y pinas de una rueda. Estaban construidas de la siguiente manera: seis piezas en forma de V, de madera curvada, estaban dispuestas para comprender en cada una un segmento del cubo, medias secciones de dos radios y borde interior de las pinas; las cuales piezas, al colocarlas juntas, forman un completo cubo, seis barras radiales o rayos completos, y el borde interior de las pinas. Estas seis secciones llevan también ensambladuras a cola de milano para recibir las correspondientes espigas a cola de milano. A este cubo se fijaban las pestañas cilíndricas, llevando también mortajas y espigas de enlace. De modo que cuando se unían estas diferentes piezas, se entrelazaban y formaban una rueda completa del tipo más fuerte.

En contraste con nuestros modernos métodos de construcción de ruedas, la rueda egipcia tiene la ventaja de neutralizar cualquier principio de hendedura, y así, dentro de lo razonable, por este sistema de enlace, cuanto mayor es el peso que recibe, mayor es su resistencia. En otros términos, las partes serían comprimidas al mismo tiempo más bien que forzadas aisladamente, poseyendo la estructura a la vez todas las condiciones de ligereza y resistencia.

104. *El halcón real.*

Este halcón de oro estaba fijado entre los brazuelos de los caballos en el extremo de la lanza del carro. Es nada menos que la enseña real, y se ha encontrado únicamente en los reales carros. Es representante del descendiente del Sol, y por tanto lleva sobre su cabeza el disco solar. El dibujo bajo este disco es el alado «Kheper», bajo él los signos plurales, el signo «Neb», y sobre el disco solar, con Uraei colgantes y «Ankhs» de vida, la leyenda integra: Kheperu-Neb-Ra, el sobrenombre de Tut-Ankh-Amen.

PIEZAS DE LOS ARNESES.

105. *Los yugos*

de madera dura con detalles de marfil y oro. En los extremos, que van fijados a los sillines, hay cabezas de prisioneros hermosamente labradas en oro.

106. *Una de las cabezas de los prisioneros.*

Un tipo africano, mientras que en el extremo opuesto hay un asiático.

107. *Sillines*

hechos con madera dura, a los cuales iban fijados los yugos. Están realzados con adornos de oro y plata, tienen aspas de aragonito; y

108. *Cabezas del dios Bess (sobre los sillines)*

con las bocas abiertas, de labios de plata, a través de las cuales pasaban las correas de cuero.

109. *Un par de anteojeras*

unidas a la brida. Están recubiertas de chapa de oro y con incrustaciones de vidrios y piedras. Los dibujos —los sagrados ojos, «Uzat»— son evidentemente para ahuyentar los demonios.

110. *Especie de espuelas.*

Están hechas de madera adornada con incrustaciones de cortezas que parecen ser de fuera de Egipto. Las puntas de las ruedas son de cobre.

Son cosas fuera de uso. Aunque cada carro tenía un par de ellas, es-

tuvimos algún tiempo sin poder determinar su peculiar función, y aun entonces lo conseguimos por el coitejo de las escenas de los carros en los monumentos de Egipto.

Hay que advertir que los arneses y jaeces de los carros encontrados en esta tumba estaban hechos de cuero en bruto que se había estropeado completamente, convertido en realidad en una masa gelatinosa; por consiguiente, no parecería posible su reconstrucción sino por la hoja de oro decorativa con que estaban recubiertos. Así, si no hubiese sido por las escenas de carros de los diversos monumentos, nunca hubiéramos adivinado el uso de estos particulares instrumentos semejantes a espuelas. Los arneses de los carros egipcios eran del tipo de *arneses de pecho* con *horcates* y *cincha*. No había *tirantes*, estando los caballos uncidos a la lanza del carro. Por esto no había nada que mantuviese a los caballos unidos a la lanza más que el yugo, con la excepción de esta especie de largos acieates que iban fijados a la brida y arnés de pecho, evidentemente para actuar contra el cuello y brazuelo del caballo si intentaba desviarse de la lanza.

Con cada carro había un par de los siempre necesarios

111. Mosqueros

de crin de caballo con mangos de madera dorada con la forma de cabezas de leopardos.

LA APERTURA DE LA SELLADA PUERTA DE LA CÁMARA FUNERAL.

Hacia el final de la campaña de la primera época nuestra labor en la Antecámara había terminado. Con excepción de las estatuas de los dos centinelas, dejadas en su sitio por una razón especial, todo su contenido había sido transportado al laboratorio, se había barrido y escurriado cada pulgada de su suelo para recoger hasta la última cuenta o pieza de mosaico caída, y todo quedó desnudo y vacío.

Nosotros estábamos al fin en condicio-

nes de penetrar el misterio de la puerta sellada.

Resguardamos las estatuas con tablas para preservarlas de cualquier daño posible, y levantamos entre ellas una pequeña plataforma, lo bastante alta para alcanzar la parte superior de la puerta; habiendo decidido, como plan más conveniente, operar desde arriba hacia abajo. Mi primer cuidado fué localizar el dintel de madera bajo el yeso; luego piqué cuidadosamente el yeso y separé las piedras más pequeñas que formaban la capa superior del relleno. Cuando hube hecho un agujero bastante grande, introduje una lámpara eléctrica. Su luz nos reveló una perspectiva sorprendente, pues allí, a una yarda de la puerta, en toda la extensión que podíamos abarcar, obstruyendo la entrada de la Cámara, se encontraba lo que tenía todas las apariencias de un muro de oro. Nosotros estábamos a la entrada de la efectiva Cámara funeral del Rey, y aquello que obstruía nuestro camino era el costado de una inmensa urna dorada, construida para cubrir y proteger el sarcófago.

Allí se manifestaba ante nosotros el secreto de la puerta sellada. Habíamos borrado los siglos y estábamos en presencia de un Rey que hacía tres mil trescientos años que había reinado.

Al desembarazar la obstrucción de la entrada descubrimos que el suelo de la Cámara funeral estaba como un metro más bajo que el de la Antecámara, y esto, combinado con el hecho de no haber más que un estrecho espacio entre la puerta y la urna, hacía que la entrada no fuese nada fácil de efectuar. Yo me agaché, y luego cautelosamente me arrastré hasta el ángulo de la urna e inspeccioné lo que había al otro lado. Aquí dos hermosos vasos de alabastro obstruían el camino, pero noté que si se les trasladaba tendríamos un paso fácil al otro extremo de la Cámara. Los cogí con cuidado y se los pasé a los que estaban en la Antecámara. Con excepción de la copa votiva del Rey, eran de calidad más fina y de forma más graciosa que todos los que hasta ahora habíamos encontrado. Lord Carnarvon se reunió conmigo entonces, y escogiendo nuestro camino a lo largo del estrecho paso entre la urna

y el muro, inspeccionamos lo que había más allá.

Era sin duda la Cámara funeral la en que nosotros estábamos, pues allí, elevándose sobre nosotros, estaba una de las grandes urnas de oro bajo las cuales se enterraban los Reyes de Egipto. Tan enorme era la construcción, que a poco más llenaba enteramente la superficie de la Cámara. En el lado oriental había una gran puerta de dos hojas cerrada con cerrojos. Con ansiedad descorrimos éstos, hicimos girar las puertas y allí dentro vimos una segunda urna con análogas puertas con cerrojos. Sobre esta segunda urna colgaba un gran palio de lienzo cubierto con rosetones de oro. Por esto nos dimos cuenta de que estábamos en presencia del difunto Rey y que debíamos prestarle acatamiento. Con todo cuidado, y tan silenciosamente como nos fué posible, volvimos a cerrar las grandes puertas giratorias y pasamos al extremo ángulo nordeste de la Cámara.

Aquí nos esperaba una sorpresa, pues una puerta abierta, conduciendo hacia el este de la Cámara funeral, guiaba todavía a otra habitación mucho más pequeña y no tan elevada. Desde donde estábamos, bastaba una ojeada para comprender que allí dentro estaban acaso, en aquel cuarto-almacén, los mayores tesoros de la tumba.

Frente a la puerta, al extremo opuesto, estaba un magnífico cofre en forma de urna, completamente recubierto de oro y realzado con filas de culebras sagradas. Esto nos hizo prorrumper en exclamaciones de asombro. Rodeando este cofre, en gallardas aptitudes, había las estatuas de cuatro diosas, graciosas figuras, con los protectores brazos extendidos, con tal naturalidad y vida en su actitud, y tan dolorosa y compasiva expresión en sus semblantes, que nos pareció casi un sacrilegio el contemplarlas. Eran las diosas Isis y Nephthys, Neith y Selk, custodiando el cofre por sus cuatro costados. Pero mientras las figuras de los costados anterior y posterior mantenían su mirada fijamente sobre lo que tenían a su cargo, las otras dos daban una nota de patético realismo, pues tenían las cabezas vueltas hacia un lado, mirando sobre sus hombros, como si vigilasen contra cualquier

sorpesa. Había una grandeza sencilla alrededor de aquel monumento que excitaba irresistiblemente a la imaginación. Había otras varias cosas maravillosas en la Cámara, pero era difícil pararse a considerarlas: tan inevitablemente volvían a dirigirse nuestras miradas a aquel monumento. Este era indudablemente el cofre-canopos y contenía los frascos que desempeñan tan importante papel en el ritual de la momificación.

Llenos de calor y de polvo, salimos una vez más a la luz del día, y el mismo Valle parecía haber cambiado para nosotros y adquirido un aspecto más personal. Nosotros habíamos adquirido la libertad.

Entre los demás tesoros de aquel cuarto-almacén había unas 35 cajas selladas y cerradas desde el día en que fueron colocadas allí, y todavía están sin abrir, vacilando en verdad la imaginación sobre lo que puedan contener. Sobre ellas hay modelos de botes: una flotilla de naves funerarias, todavía conservando sus jarcias y marineros. En el lado opuesto hay dos carros más. En el centro de la cámara, completamente frente a la puerta, una recostada figura del Chacal Anubis, faja-da en lienzo, y entre sus garras una paleta de marfil de la Reina Nefer-Teti, madre política de Tut-Ankh-Amen, conteniendo todavía los menudos junquillos y colores con que pintaba. Por el lado de Anubis hay algunos maravillosos cofres de marfil. Yo levanté la tapa de uno, el cual tenía las joyas del Rey; el segundo estaba vacío, sus compartimientos despojados de su contenido, que evidentemente consistía en los vasos de oro del Rey, robado por los ladrones; en el fondo de la tercera caja estaba el abanico del Rey, una pieza maravillosa de manufactura, en marfil tallado, con sus plumas de avestruz, tan perfectas como el día en que fueron colocadas allí.

Al día siguiente nos dimos cuenta de que nuestro deber inmediato era el ocuparnos de la Cámara funeral, y así, para sustraernos a la tentación de inspeccionar una vez más el cuarto-almacén, o de mover un objeto antes de tomar su documento fotográfico, lo cerramos, y permanece, como el adyacente a la Antecámara, intacto hasta el día de hoy.

112. *La puerta sellada*
al lado norte de la Antecámara, que conduce a la Cámara funeral. Esta fotografía muestra exactamente cómo estaba cuando nosotros descubrimos la Antecámara.

113. *La puerta sellada*
después que la Antecámara fué des-
embarazada, a excepción de las dos
imponentes figuras centinelas del Rey
que lo guardaban.

114. *La puerta sellada*
completamente cubierta con las mar-
cas del sello de Tut-Ankh-Amen.
Es interesante observar en la base de
esta puerta un pequeño parche obs-
curo por donde los ladrones habían
perforado el relleno y a continuación
vuelto a cerrar por los oficiales. So-
bre este parche estaban las marcas
del Sello de la Real Necrópolis, como
en los últimos cierres de la primera
y segunda puertas del paso.

115. *La puerta sellada*
cubierta con tablas para proteger las
estatuas, apareciendo Lord Carnar-
von en el momento en que fué hecha
la primera brecha.

116. *La puerta sellada*
mostrando los ulteriores progresos
de la operación de apertura de la
puerta sellada. Mr. Mace a la de-
recha.

117. *La puerta sellada*
después de eliminado el obstáculo.
Al otro lado, obstruyendo completa-
mente el ingreso, está la inmensa
Gran Urna Exterior de Oro.

LAS ESTATUAS DE LOS CENTINELAS

118. *Una de las estatuas*
que guardaban la puerta sellada. Pen-
diente de sus brazos hay restos de
un fino tejido de lino que en otro
tiempo la cubría.

119. *Las estatuas*
en la operación de ser empaqueta-
das para su transporte al laboratorio.

120. *Una de las estatuas*
después de la limpieza y conserva-
ción. Una figura de tamaño natural

del Rey, cubierta con resina negra.
Estaba como un centinela ante la
puerta de la Cámara funeral, con
tonelete de oro, sandalias también
de oro, armado con maza y báculo,
la sagrada culebra protectora sobre
su frente.

DEMOLIENDO LA PARED DIVISORIA.

121. *La pared divisoria.*

Esta fotografía muestra el comien-
zo de la demolición de la pared divi-
soria, construida de masonería, que
separaba la Antecámara de la Cáma-
ra funeral. En la primera brecha he-
cha en la parte superior de la jamba
de la derecha está un muchacho pe-
queño, a quien nosotros llamábamos
nuestro perrillo *terrier*, porque le ha-
cíamos entrar en los sitios donde no
podíamos nosotros.

122. *La pared divisoria.*

Ulteriores progresos del derribo
de la pared. En el ángulo superior
derecho están los antiguos maderos
que sostenían la masonería del dintel.

Derribando esta masonería fuimos
al fin capaces de poner de manifiesto

LA GRAN URNA AZUL Y ROJA.

123. *La urna exterior que encierra el
sepulcro.*

Recubierta con plancha de oro pri-
mosamente grabada, con brillantes
azulejos de loza azul embutidos, de-
corados en oro con los protectores
emblemas del Mundo Subterráneo y
casi ocupando el área entera de la
Cámara funeral. En realidad, sólo
había un espacio de 30 a 60 centíme-
tros separándolo de las paredes por
sus cuatro costados, mientras su cu-
bierta con gran cornisa superior casi
llegaba hasta el techo.

En el frente del lado oriental había:

124. *Un cisne negro*

tallado en madera, y envuelto en fino
tejido de lino. En este extremo estaba

125. *La gran puerta plegable*

la cual cuando se le hacía girar des-
cubría la segunda urna en el interior

y una serie de maravillosos objetos, como, por ejemplo:

126. *Un tarro de esencia, de alabastro* embellecido con plata y oro, tallado en una pieza de aquella pura piedra semitransparente, teniendo figuras de Hapi (el Dios Nilo) sosteniendo a ambos lados enseñas realizadas con Uraici que llevan las coronas del Alto y Bajo Egipto. El vaso tiene también una orla, calada, con flores de lotos y papiros simbolizando la «Unión de los Dos Países», y en lo alto de su delgado cuello una ancha boca sosteniendo un buitre de alas extendidas, como tapa. El frasco contenía aún el fragante perfume.

Ante él se ven caídos fragmentos del Palio; y otro tarro de ungüento, tallado en alabastro, teniendo por tapa un recostado león con una larga lengua. Apoyados en los rincones de la urna hay una colección de bastones y báculos de ceremonia y una maza. Entre ellos estaban el bastón de oro y el de plata con estatuitas del joven Rey, en su metal respectivo, el prototipo del bastón de oro y de plata de las cortes reales de hoy.

Cuando todos estos objetos fueron registrados y trasladados cuidadosamente, ya preparados nuestro andamio y herramientas, comenzó el desarme de esta gran urna.

127. *El primer trozo de la cubierta de la urna.*
siendo conducido a la Antecámara.
128. *El mismo trozo*
con protectores buitres-Mut en oro sobre la superficie inferior.

EL PALIO.

Cubriendo el techo de la segunda urna había un gran Palio de lienzo moreno sostenido por una

129. *Armadura de madera*
de construcción especial.
130. *El gran Palio de lienzo.*

Está decorado con rosetas o margaritas de oro cosidas al tejido. La parte horizontal superior está intacta, pero con la acción del tiempo los

costados que cuelgan estaban desgarrados y caídos por el peso del adorno de metal (rosetas).

Era un problema difícil su transporte sin ocasionarle ulterior daño; sin embargo, el Dr. Alexander Scott lo roció con una solución de goma que reforzó el tejido y nos permitió, después de quitar las rosetas, arrollarlo a un enorme cilindro de madera, pudiendo así transportarlo al laboratorio sin mayor daño.

131. *Arrollando el Palio de lienzo.*
132. *Las riostras cruzadas superiores que sostenían el Palio.*

LA SEGUNDA URNA.

Hasta después de trasladar el Palio y su armadura no pudimos ocuparnos en la segunda urna interior, de tipo semejante a la primera, excepto en el embutido de loza azul. Las superficies interior y exterior de esta urna estaban completamente doradas y magníficamente talladas con escenas del Rey ante los dioses y demonios de «Amduat», Mundo Subterráneo. Pero esta urna estaba cerrada, no solamente con grandes cerrojos de ébano, arriba y abajo, corridos en armellas de cobre, sino que también, en el centro, las puertas plegables tenían armellas de bronce atadas con cuerda, en la cual el sello (de arcilla) original estaba intacto.

133. *El sello de arcilla sobre la urna*
con la marca del sello de Tut-Ankh-Amen. La composición aquí consistía en el Chacal venciendo a nueve enemigos bajo el cartucho de Tut-Ankh-Amen, simbolizando claramente el chacal Anubis al difunto Rey.

Este sello intacto nos proporcionó los datos que andábamos buscando. ¿Por ventura los ladrones de tumbas, que habían penetrado en la Antecámara y su adyacente, en la Cámara funeral y su cuarto-almacén, habían llegado hasta el Rey? La urna estaba intacta, sus puertas ostentaban su original sello sin menoscabo, lo cual indicaba que no habían llegado. Por lo tanto, de aquí en adelante, dentro de aquella urna nosotros íbamos a pisar donde nadie había entrado, íbamos

a habérmolas con material intacto desde que el joven Rey descansaba allí, hacia próximamente unos tres mil trescientos años. Habíamos al fin hallado lo que nunca soñamos poder alcanzar—una percepción íntima de las costumbres funerarias en el enterramiento de uno de los antiguos Faraones de Egipto. Cautelosamente cortamos aquellas cuerdas, preliminar de la apertura de aquellas magníficas puertas.

134. *Las puertas plegables de la segunda urna*

con el difunto Rey representado en ellas ante Harmachis y Osiris. Avidamente las abrimos, presentándose ante nuestros ojos una tercera urna de oro, con puertas también selladas e intactas, y notables por los extraños dioses grabados sobre ellas.

135. *Una de las puertas de la tercera urna.*

Los Espiritus Guardianes sobre las Cavernas de la Noche.

LA PRIMERA OJEADA DEL SARCÓFAGO.

En este punto fué cuando nos dimos cuenta de que iba a ser posible, con la apertura de aquellas puertas, desentrañar el secreto que aquellas urnas habían guardado tan celosamente a través de todos aquellos siglos. Fué éste un momento que no olvidaremos fácilmente. Ibamos a presenciar un espectáculo tal como ningún otro hombre de nuestro tiempo había tenido el privilegio de ver. Yo corté cuidadosamente la cuerda, descorrí los cerrojos, abrí las puertas y descubrimos una cuarta urna, semejante en la traza a la última y aún más deslumbradora que ella.

136. *Abriendo la puerta de la tercera urna.*

Se aproximaba el momento decisivo. ¿Qué habría dentro? Con intensa excitación fueron descorridos los cerrojos de la última puerta, se abrió ésta lentamente, y allí, llenando por completo el área interior e impidiendo de hecho todo ulterior avance, estaba un enorme sarcófago de cristalina piedra arenisca, intacto, con la tapa todavía firmemente en su sitio,

tal como manos piadosas la habían colocado.

137. *Abriendo la puerta de la cuarta urna.*
Fué un momento emocionante, cuando contemplamos el espectáculo, acrecentado por el oro deslumbrador de las urnas.

Os mostraré lo que vimos:

138. *El sarcófago dentro de la cuarta urna.*

Entonces observamos por vez primera la extendida mano de una diosa sobre el sarcófago, como si desviase a un intruso. Simbolizaba una idea de hermosa concepción, y realmente una prueba elocuente de la perfecta fe y tierna solicitud por el bienestar del que amaban que sentía el pueblo que habitó en aquel país hacia más de treinta siglos.

LA CUARTA URNA DE ORO.

Por este último experimento tuvimos un concepto mucho más claro de la operación que inmediatamente se presentaba ante nosotros. Las dos urnas restantes, ahora tan próximas una de otra, debían ser desarmadas y trasladadas antes de poder proyectar ningún nuevo paso hacia el sarcófago. Y por esto fué por lo que tuvimos que trabajar durante otro mes antes de dejar completamente libre la recóndita urna cuarta. Esta era naturalmente la más pequeña de todas, y cuando quedó libre de las otras urnas tenía todo el aspecto de un tabernáculo de oro.

139. *La cuarta urna interior*

con sus dorados costados y techo cubiertos de textos religiosos en bajo relieve. Sobre sus puertas plegables, cerradas con cerrojos, pero no selladas, hay aladas figuras de Isis y Nephthys, signos «Nub» en pie, majestuosos en su expresión protectora.

140. *Nephthys sobre la puerta de la cuarta urna.*

El techo y cornisa, contra lo que suponíamos, estaban hechos de una pieza, en vez de varios trozos como las urnas precedentes. Era muy pesado. El problema consistía en la manera de levantarlo y desprenderlo de sus costados en un espacio tan limi-

tado. Afortunadamente, con una improvisada grúa trazada especialmente para este objeto, en varios días de cuidadosa labor vencimos la dificultad; con apenas un centímetro disponible lo fuimos volviendo gradualmente y lo arrastramos a la Antecámara, en donde está todavía.

141. *El techo de la cuarta urna.*

El traslado de los cuatro costados de esta urna que quedaban cercando inmediatamente, y como dando la vuelta, exactamente ajustados al sarcófago, era una empresa mucho más sencilla. Era el final de aquellos complejos problemas originados por el desarme de aquellas cuatro grandes urnas que encerraban el sepulcro. Una tarea de más de ochenta días.

EL SARCÓFAGO.

Al levantar el techo de la última urna quedó descubierta la tapa del sarcófago, y al trasladar los cuatro costados de esta urna quedó libre el gran ataúd de piedra. Nosotros estábamos más que recompensados, pues allí, libre de toda construcción circundante, estaba un magnífico sarcófago de maravillosa manufactura, tallado en un sólido bloque de la más hermosa cristalina piedra arenisca amarilla, midiendo 2,55 metros de largo, 1,35 metros de ancho y 1,45 metros de alto.

Fué el 3 de febrero cuando tuvimos una perspectiva completa de este imponente monumento, clasificándolo entre los más hermosos ejemplares en su género que el mundo posee. Esta obra maestra sepulcral, digna tan sólo de guardar los restos de un rey, tiene un rico entablamento consistente en un caveto o moldura, toro y piso de inscripciones. Pero lo más notable y saliente de la decoración del ataúd son las diosas guardianas Isis, Nephthys, Neith y Selk, talladas en alto relieve sobre cada uno de los cuatro ángulos, colocadas de modo que sus alas, completamente desplegadas y sus brazos extendidos, rodean el sarcófago con nada menos que un abrazo protector.

142. *La diosa guardiana Selk en el ángulo sureste.*

Alrededor de la base corre un neto con los símbolos «Dad» y «Thet».

mientras los ángulos del ataúd descansan sobre losas de alabastro. Entre las paredes de la última urna y los costados del sarcófago no había objetos, excepto en el centro del lado sur un gran símbolo «Dad» de madera pintada colocado allí para «seguridad y protección».

143. *La tapa del sarcófago.*

La tapa presenta la particularidad de estar hecha de granito rosa, teñido para que case con la cristalina piedra arenisca del ataúd, y estaba hendida de parte a parte por el medio. Estaba firmemente empotrada en el rebajado borde superior del ataúd, y las grietas estaban cuidadosamente tapadas con argamasa y pintadas de acuerdo con el resto, no habiendo duda de que no había sido trastrocada. Indudablemente el primer diseño debió de consistir en una tapa de cristalina piedra arenisca en concordancia con el ataúd; parece, por consiguiente, que algún accidente debió de haber ocurrido: sea que la tapa primitiva se hubiese deteriorado en el transporte, sea que no se pudiese terminar a tiempo para el enterramiento del Rey, y hubiese sido substituida por esta losa de granito toscamente hecha.

La rotura complicaba enormemente el problema de nuestro esfuerzo final, el levantamiento de la tapa, pues de haber estado entera, la operación hubiese sido mucho más fácil; pero la dificultad fué vencida cruzando hierros en ángulo a lo largo, y encajando fuertemente los lados de la losa, lo que permitió levantarla con poleas diferenciales como si fuese de una pieza.

EL LEVANTAMIENTO DE LA TAPA.

Muchas escenas extrañas han debido de ocurrir en el Valle de los Reyes desde que se convirtió en el campo de enterramiento Real del Nuevo Imperio tebano, y ésta no puede dejar de clasificarse entre las más interesantes y dramáticas.

En cuanto a nosotros, constituía el momento supremo y culminante. Un momento esperado con anterioridad desde que

empezó a resultar evidente que las cámaras descubiertas en noviembre de 1922 debía de ser la tumba de Tut-Ankh-Amen y no un escondrijo de su ajuar como había sido propalado.

Ninguno de nosotros sentía otra cosa que la solemnidad del acontecimiento; ninguno de nosotros estaba afectado más que por la expectativa de lo que estábamos a punto de ver: el enterramiento de un Rey del Antiguo Egipto de treinta y tres siglos antes. ¿Cómo hallaríamos al Rey? Nuestras almas estaban cargadas de preocupaciones durante aquel silencio mantenido.

El aparejo para levantar la tapa estaba preparado. Yo di la voz. En medio de profundo silencio la enorme tapa, pesando más de una y cuarto toneladas, se alzó de su asiento. La luz brilló dentro del ataúd. Lo que se presentó ante nuestros ojos nos confundió al principio.

144. *El interior del sarcófago.*

El contenido estaba completamente cubierto por envolturas de fino lienzo.

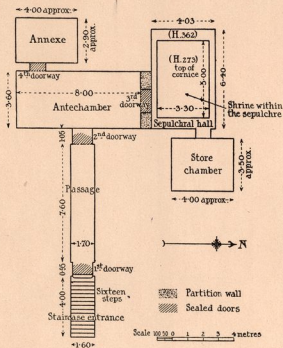
145. *Desenrollando las envolturas.*

Desenrollamos aquellas envolturas que servían de mortaja, tres en número, una por una, y una exclamación de asombro escapó de nuestros labios; tan sorprendente era la escena que se presentó ante nuestros ojos: una efígie de oro del joven rey, de la más espléndida factura, llenaba todo el interior del sarcófago. Esta efígie era la tapa de un maravilloso féretro antropoide, de unos siete pies de largo, descansando sobre unas bajas andas en forma de león. Sin duda alguna éste es el más exterior de una serie de féretros, dentro de los cuales se encierran los restos mortales del Rey. Abrazando el cuerpo de este magnífico monumento están dos diosas aladas, ejecutadas en rica la-

bor de oro sobre yeso, tan brillante como el día en que se hicieron. A esto se añadía como un encanto más el que mientras esta decoración estaba ejecutada en fino bajo relieve, la cabeza y las manos eran exentas, de la más hermosa escultura en oro macizo, sobrepujando a todo cuanto habíamos visto nunca. Las manos, libres, están cruzadas sobre el pecho, y sostienen los emblemas reales—el cayado y el mangual, de oro macizo, adornado con incrustaciones de lapislázuli—. La cara y partes más notables están maravillosamente cinceladas en recia plancha de oro. Los ojos son de cristal. Había una nota de realismo, pues mientras el cuerpo de esta figura era de brillante oro amarillo, el de la descubierta cara y manos era diferente; el oro de la carne era de distinta aleación que le daba la palidez de la muerte.

Sobre la frente del joven Rey hay dos emblemas delicadamente labrados en plata: la Culebra y el Buitre, símbolos del Alto y Bajo Egipto, y quizá lo más hermoso y conmovedor de todo fuese que alrededor de aquellos emblemas había una diminuta guirnalda de flores de loto, que no valdria sino unas cuantas piastras, pero que representaba el último adiós, ofrenda de la joven Reina al difunto representante de los dos Reinos.

Puedo asegurarnos que, entre todo aquel esplendor regio, aquella magnificencia real, brillando el oro por todas partes, no había nada tan hermoso como aquellas pocas flores marchitas, conservando todavía su tono de color, el azul y el amarillo del loto; y nos decían que era realmente muy corto un periodo de tres mil trescientos años, no más que el Ayer y el Mañana. Verdaderamente, aquel pequeño rasgo de ternura hacía hermanar a aquella antigua con nuestra moderna civilización.



SKETCH-PLAN OF THE TOMB

Plano de la Tumba.

